
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

(N.º 28).

38
3
7(2)



¡Alabado sea Dios!—¿Quién como Dios?

Perdonad, Hijo del hombre,
Al blasfemo y mal hablado;
Haced que vuestro gran nombre
De todos sea alabado.—*Amen.*

Ó Vírgen y Madre de Dios, yo me entrego por hijo vuestro; y en honor y gloria de vuestra pureza os ofrezco mi alma, cuerpo, potencias y sentidos, y os suplico me alcanceis la gracia de no cometer jamás pecado alguno. Amen Jesús. Tres *Ave Marías.*

OBSERVACIONES Á UN CRISTIANO.

«De la abundancia del corazon habla la boca,» decia Jesús á los blasfemos y mordaces fariseos. De ahí es que al que tiene el corazon henchido de maldad, esta le rebosa por la boca. «Por el fruto, decíales tambien, es co«nocido el árbol,» y de esto puede legítimamente colegirse que el que habla mal es malo, como es malo el árbol que da malos frutos.

No solamente es malo el que habla mal, sino que su misma maldad transforma su boca en un manantial de contagiosa corrupcion para la sociedad, conforme á esta inconcusa sentencia del apóstol san Pablo: *Las palabras malas corrompen las buenas costumbres.*

Además de ser malo, y, como tal, pernicioso, el que habla mal da á entender á cuantos le oyen que no tiene educacion ninguna, ó que la tiene muy mala, porque el hombre bien educado habla siempre con decoro y con finura. Careciendo, pues, de ambas cosas el que tiene mala boca, muestra de sobras que es un mal educado, un grosero, un..., digámoslo de una vez, un bruto indigno de tratar con personas, y sobre todo con personas cristianas.

El hombre degradado por las pasiones *ha sido comparado con las bestias insensatas*, dice la Escritura santa, *y se ha hecho semejante á ellas.* El mal hablado puede decirse que se rebaja todavía mas, pues llega á un punto al cual no llegó ni llegará ninguna bestia por estúpida ó feroz que se la suponga. Ninguna de ellas se rebeló jamás contra su Criador echando contra él improperios, maldiciones y blasfemias cual las echa aquel cuya lengua es de hombre, sí, pero las horrendas palabras que articula le hacen de peor condicion que la mas terrible y feroz entre las fieras, y que el mas insensato entre los animales domésticos. El leon ruge, pero no suelta reniegos, porvidas, blasfemias, etc., como los suelta el hombre corrompido y mal hablado. El asno rebuzna, pero no articula palabras torpes ni feas cual las dice aquel que llaman y que parece

hombre sin ser mas que un animal de la peor y mas vil especie, un monstruoso engendro del infierno.

La prueba de esta humillante degradacion está, no solo en la asquerosa fealdad de las palabras que vierten á cada momento esos miserables cuyo lenguaje es tan repugnante como escandaloso, sino tambien en su falta de instruccion, en su completa y estúpida ignorancia. Para convencerte de esto último no tienes mas que acercarte á una taberna, á un meson, á un... lugar cualquiera donde suele reunirse esa casta de gentes que la echan de despreocupados, y que en su inmunda charla no se paran en pelillos. Entra, escucha, y, á guisa de taquígrafo, escribe sus palabras por el mismo órden que las van pronunciando, y luego verás lo que resulta. Todo lo que dicen va entremezclado con algo ó algos que dan asco por lo súcio y por lo necio. Aquí ponen un *groño*, allí una *peineta*; acá ponen *ajos*, allá *cebollas*; ya se ensucian en Dios, ya en la Vírgen y los Santos, en fin, nada sale de su boca que no esté matizado con votos, maldiciones ó interjecciones tan mal á propósito que desfiguran cuanto dicen. Ahora bien, si á un estudiante de gramática, por ejemplo, le mandase su preceptor escribir una plana de composicion, y el niño interpusiera á cada palabra semejantes necedades, ¿qué podria responder cuando se le preguntara la regla por la cual colocó aquí un *verbo* que no viene al caso, allí un *adverbio* que nada tiene que ver con la frase, mas allá una *interjeccion* totalmente impropia, etc., etc.? ¿No deberia contestar que obró neciamente en ello contra toda regla del arte de bien hablar? ¿No deberia confesar su ignorancia y aceptar, quieras ó no quieras, el justo apodo de *borriquillo con dos piés?* Apliquemos el caso. Si á uno de aquellos desgraciados que hablan mal le preguntamos: ¿Por qué regla hablas así? por poco que, antes de contestar, entre en sí y sea de buena fe, deberá responder: Yo no conozco mas regla que la de la brutalidad, ni tengo otra que la de mi ignorancia; aunque lo parezco yo no soy un hombre, soy un asno, un oso, un... mónstruo. — Esto es una verdad, y ¡qué verdad!...

Tenemos, pues, que podemos decir y afirmar redondamente que el mal hablado es un hombre malo, que es

una peste para los demás hombres, que es un ente sin educacion ni instruccion ninguna, que mas que hombre es un borrico, una fiera, un mónstruo!...

Refiere Mazo que cuando el Duque de Alba estaba al frente de su valeroso ejército, no podia sufrir que ninguno de sus soldados prorumpiese en blasfemias ú otras palabras feas é indecentes, y á fin de extirpar de entre sus filas tan torpe y pernicioso vicio tenia mandado al que las oyese que tratara de *cobarde* al que las dijera.

Cobardes son, en efecto, cuantos así se gallean. Son como los sapos y las ranas que gritan mucho, pero apenas se les acerca un hombre, aunque no sea mas que un chiquillo, se callan todas, huyen y se esconden. Lo mismo hace el soldado mal hablado: tan pronto como divisa al enemigo ó al temer que se acerque, tiembla de piés á cabeza, se finge enfermo, y tiene que retirarse á donde las balas no le alcancen. Es, pues, un *cobarde*, como muy bien lo decia el Duque de Alba; es un sapo, una rana, ya que todo su valor lo tiene en la boca y nada mas; es una gallina que no sabe mas que cacarear; es un perro bueno cuando mas para ladrar contra gente inofensiva, pero que huye el cuerpo al primer asomo de que se le haga cara.

Es cobarde el mal hablado,
Es un sapo, es una rana,
Pues solo en su lengua insana
Tiene valor demasiado:
Es un asno endemoniado
Por su malicia é ignorancia,
Es un hombre sin sustancia,
Es una peste temible,
Una fiera, un mónstruo horrible
De maldad y de arrogancia.

BARCELONA: Librería religiosa.—Imprenta de Pablo Riera.—1861.